



Proyecto Educativo Institucional

JARDÍN

CONSTRUIMOS

JUGANDO



Declarado de interés educativo por la Legislatura
de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Expediente N° 2781/2025





Jardín “Construimos Jugando”

Proyecto Educativo Institucional

Movimiento de Ocupantes e Inquilinos–MOI

Declarado de interés educativo por la Legislatura de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Expediente N° 2781/2025

01 Presentación general	pág 03
02 Historia institucional	pág 04
03 Marco normativo	pág 06
04 Identidad pedagógica	pág 07
05 Organización institucional	pág 10
06 El período de inicio: un abrazo largo	pág 12
07 Las salas del jardín	pág 13
Sala de bebés	
Sala de infancias de 1 año	
Sala de infancias de 2 y 3 años	
08 Vida cotidiana	pág 15
El comedor como ámbito de encuentro, lazo y alimentación	
El descanso como ritual de ternura	
09 Lenguajes y enfoques pedagógicos	pág 22
El movimiento como abrazo de libertad	
Literatura y palabra poética	
La música en la vida cotidiana	
Artes plásticas y visuales	
La ESI en la vida cotidiana	
10 Participación de las familias	pág 26
11 Comunidad, territorio y desafíos actuales	pág 27
12 Evaluación, formación y construcción de saber	pág 31
13 Las formas de acompañar los aprendizajes	pág 33
Evaluar desde la ternura: registrar para cuidar y comprender	
Itinerarios de aprendizaje: recorridos sensibles y colectivos	
Planificar entre el deseo y la escritura	
14 Despedir, no egresar	pág 36
15 Proyecciones y deseos	pág 38



01

Presentación general

El presente Proyecto Educativo Institucional (PEI) da cuenta de las ideas, convicciones y prácticas que sostienen el hacer cotidiano del Jardín “Construimos Jugando”. Fue construido desde la experiencia, desde el cuerpo a cuerpo con las infancias y las familias, desde el juego, el arte, el vínculo y la ternura. Lejos de ser un documento técnico o rígido, este PEI quiere ser un reflejo vivo de la identidad del jardín, una herramienta de memoria, de proyección y de cuidado.

Este Proyecto Educativo Institucional se inscribe en el calendario escolar oficial de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, el cual organiza la vida institucional del jardín: establece el inicio y cierre del ciclo lectivo, los días de formación docente, los tiempos de evaluación y las fechas clave del trabajo pedagógico. Este marco contribuye a articular la propuesta del jardín con los lineamientos del sistema educativo público, sin perder su identidad comunitaria y autogestiva.



02

Historia institucional

El Jardín “Construimos Jugando” forma parte del MOI (Movimiento de Ocupantes e Inquilinos), una organización social con más de treinta años de trayectoria, comprometida con la lucha por el derecho a una vivienda digna y la construcción colectiva de un hábitat popular. El MOI integra la producción social del hábitat con prácticas de educación popular, economía solidaria y autogestión cooperativa y comunitaria.

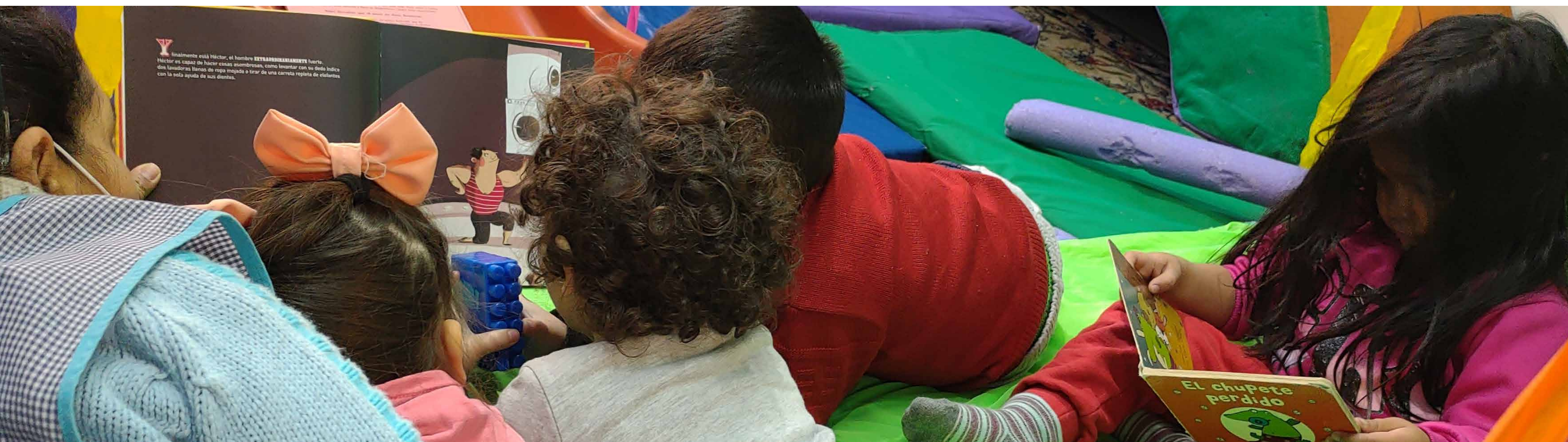
El jardín fue fundado en abril de 2005 por la Federación de Cooperativas de Vivienda del MOI, como respuesta a una necesidad concreta: muchas familias cooperativistas no encontraban vacantes en jardines maternos estatales y deseaban un espacio cuidado, respetuoso, amoroso y comunitario para la crianza de sus niños y niñas. El primer espacio de cuidado infantil, que dio origen a soñar algo mucho más potente, nació para facilitar la realización de tareas de ayuda mutua en obra por

parte de las personas cooperativistas. Así fue tomando cuerpo este proyecto, en el corazón de un barrio atravesado por la lucha por el derecho a la vivienda, dentro de una cooperativa del barrio de Constitución.

Desde sus inicios, el jardín fue gestionado por educadoras cooperativistas, en un marco horizontal, colectivo y asambleario. En agosto de 2005 se firmó el primer convenio con el Ministerio

de Educación de la Ciudad de Buenos Aires, marcando el inicio de su reconocimiento y financiamiento estatal. En 2014, un nuevo convenio con el mismo Ministerio marcó un antes y un después en la historia del jardín: ese acuerdo permitió su incorporación formal como Espacio Educativo de Primera Infancia (EEPI) y garantizó por primera vez que todas las personas que sostenían la tarea educativa, no solo las docentes tituladas, comenzaran a percibir ingre-

5
sos económicos por su tarea. La firma de ese convenio fue vivida como una conquista colectiva, un reconocimiento a años de entrega silenciosa y militante. A partir de entonces, muchas de ellas pudieron dejar trabajos alejados del campo educativo y focalizarse de lleno a lo que siempre habían hecho con pasión: gestionar un jardín que acompaña a las infancias con ternura y compromiso pedagógico.





03

Marco normativo

El jardín se encuentra reconocido como EEPI y es supervisado por el Ministerio de Educación de la Ciudad de Buenos Aires. Se rige por el calendario escolar oficial y se nutre de los Diseños Curriculares para la Educación Inicial. A su vez, trabaja en articulación con el CeSaC N°10 y con distintos dispositivos de educación popular del barrio.

A su vez, trabaja en articulación con el Ministerio de Desarrollo Humano y Hábitat del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, que acompaña el proyecto mediante la provisión de alimentos para desayuno, almuerzo y merienda, así como de fórmulas lácteas infantiles.



04

Identidad pedagógica

“Tradicionalmente, donde había niños había redes sociales. Los niños invitan a la vida comunitaria; en diversas culturas las familias se reúnen alrededor de la madre parturienta para acompañar el nacimiento y el puerperio. El sostenimiento de la crianza vuelve necesario el enjambre familiar. Pero esa costumbre tan generalizada ya no es posible, al menos en esos términos, en las ciudades. Reunirse en torno al cachorro humano garantizaba la continuidad de gestos culturales transmitidos generacionalmente. El encuentro con los otros facilita de por sí la emergencia del juego, el entretenimiento, la diversión, la conversación, el fluir de la palabra y la narración”¹

¹ López, María Emilia. “Un mundo abierto. Cultura y primera infancia”. Editorial Lugar. Buenos Aires. 2019.



La propuesta pedagógica del jardín se inspira en la “didáctica de la ternura” de María Emilia López, en el enfoque del desarrollo motor autónomo de Emmi Pikler, en las ideas de Loris Malaguzzi y en la pedagogía de la educación popular. Se reconoce a las infancias como sujetas de derechos, activas, expresivas, sensibles, capaces de construir saberes, vínculos y mundos.

Desde sus orígenes, esta experiencia se definió por una convicción profunda: educar con ternura y construir comunidad. Así, en el jardín, la educación y la crianza se entrelazan en un mismo gesto comunitario. Allí donde las familias confían por primera vez el cuidado de sus bebés y niños pequeños, el jardín ofrece un entramado de vínculos que acompaña la institucionaliza-

ción temprana desde la presencia, la cercanía y el respeto por los tiempos de cada infancia y de cada familia.

No se trata solo de cuidar y enseñar, sino de acompañar y complementar procesos de crianza. En ese camino, el jardín se inscribe en las redes familiares, se vuelve parte de ellas y las sostiene, creando un entorno donde educadores, niños, niñas y sus familias crecen juntos.

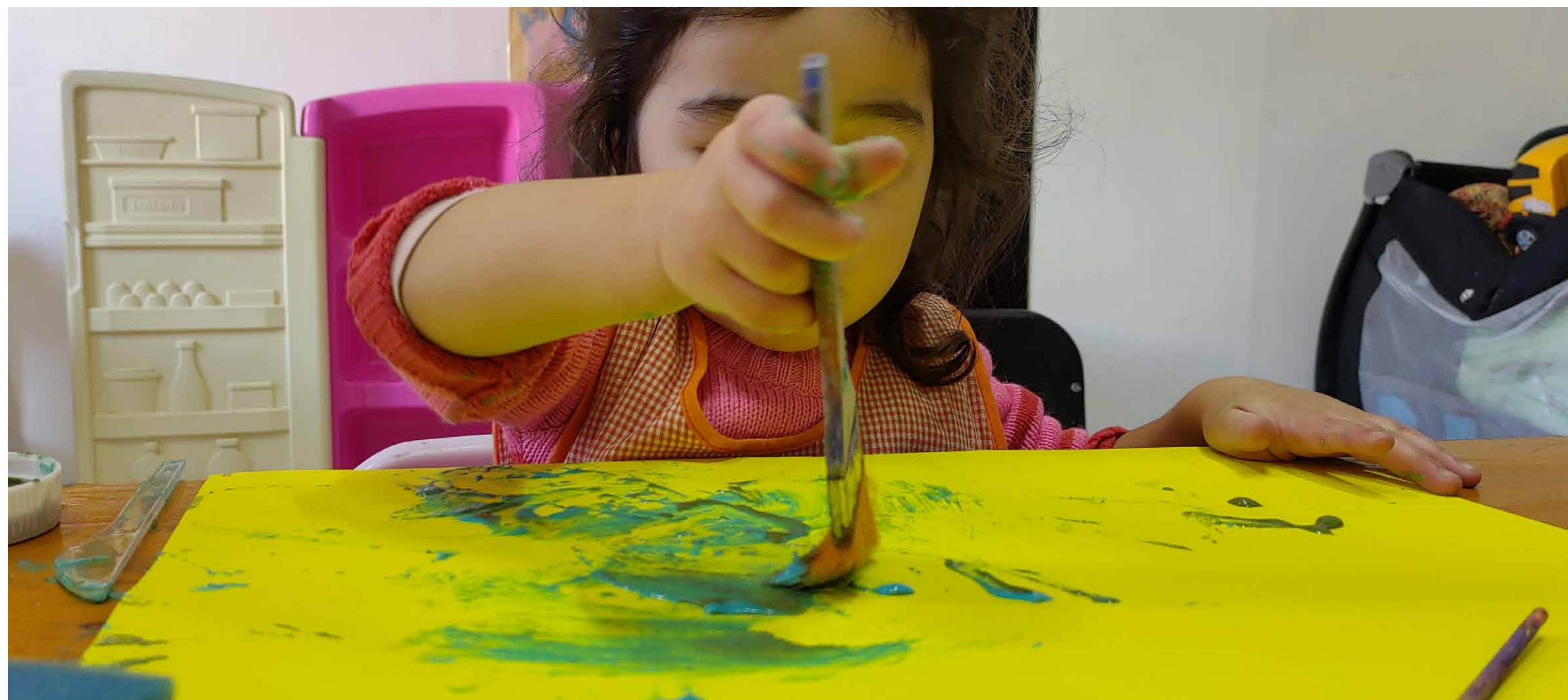
Esa trama comunitaria constituye el corazón de su pedagogía. Y es también su aporte al sistema público de educación inicial: demostrar que la institucionalización temprana puede ser

comunitaria, que entrar al jardín es entrar en una red que cría, acompaña y crece junta.

Desde esa convicción, la ternura, la belleza, el juego, la literatura, la palabra, la música, el cuerpo y la comunidad son pilares fundamentales. Se acompaña el crecimiento con respeto, escucha y tiempo. Se piensa cada espacio y cada momento como educativo: desde el juego libre hasta el almuerzo y la siesta, desde la llegada al jardín hasta la despedida.

El jardín se organiza de manera cooperativa. Todas las personas que educan cobran lo mismo. Las decisiones se toman en asamblea. La horizontalidad es práctica y ética.

Con un enfoque de género transversal, el jardín acompaña la expresión de género y la identidad autopercebida de cada infancia, tanto en su cotidanei-



dad como en las prácticas de cuidado, juego y palabra. Se promueve una educación que no reproduce estereotipos y que celebra la diversidad como un valor comunitario.

Aunque con una identidad comunitaria propia, el jardín sostiene su propuesta enmarcada y en diálogo con los lineamientos del Diseño Curricular de la

Ciudad de Buenos Aires. Toma sus enfoques y contenidos para enriquecer su mirada sobre la infancia, el juego, la expresión, la palabra y el cuidado. De ese cruce (entre lo normativo y lo comunitario, entre lo oficial y lo sensible) nace una propuesta pedagógica viva, situada y profundamente humana.



05

Organización institucional

Uno de los grandes valores del jardín es la mixtura de saberes, trayectorias y formaciones que se entrelazan en el equipo educativo. Confluyen educadoras populares sin título formal (pero con una enorme riqueza de experiencia, sensibilidad y compromiso pedagógico) y docentes de nivel inicial con formación académica específica. En el caso de las educadoras populares, son también cooperativistas autogestionarias, con una trayectoria forjada en la práctica concreta de producir y habi-

tar sus viviendas de manera colectiva. Esa experiencia (vivida en el hacer cotidiano de la ayuda mutua, en la toma de decisiones asamblearia y en la crianza compartida en comunidad) constituye un saber profundamente valioso que traen consigo al dispositivo educativo. Su modo de habitar lo común enriquece el acompañamiento de las infancias y de las familias, y establece la dimensión comunitaria y amorosa que funda el perfil pedagógico del proyecto.

El jardín abre sus puertas cada mañana, de lunes a viernes, entre las 9 y las 16 horas, para recibir a las infancias y sus familias en un espacio de juego, encuentro y cuidado compartido.

El equipo educativo se reúne semanalmente en asamblea para planificar, reflexionar y tomar decisiones en conjunto. Las salas están organizadas por

edades: bebés, 1 año, 2 años y 3 años, y en cada una de ellas hay parejas pedagógicas en cada turno, conformadas por educadores que acompañan a los niños y niñas desde la cercanía, la observación atenta y el afecto cotidiano.

El ingreso y la salida de las infancias se organiza en diálogo con las familias. La jornada diaria incluye momentos de juego, alimentación, descanso, arte, lectura y circulación libre entre espacios. Los ritmos individuales son respetados y acompañados cuidadosamente.

Los alimentos son provistos por el Ministerio de Desarrollo Social. Frente a la distribución frecuente de productos ultraprocesados o de bajo valor nutricional, el jardín elaboró una respuesta institucional desarrollada con más detalle en la sección 8.





Período de inicio

En el jardín, el período de inicio no se concibe como un tiempo rígido ni de adaptación, sino como un “abrazo largo”. Es un tiempo fundacional, en el que los primeros vínculos comienzan a trenzarse con ternura, escucha y respeto. El ingreso se organiza con entrevistas previas, reuniones con las familias, acompañamiento personalizado y presencia activa de las familias en la sala. Se trabaja con grupos pequeños para que cada infancia pueda ser recibida con la calma y la atención que merece, y para que cada vínculo tenga espacio para desplegarse en su singularidad.

El jardín se ofrece como un nido: un lugar cálido, sensible y abierto a la emoción, donde se habilita el llanto, el juego, el cuerpo, la palabra y la espera. Un espacio donde el cuidado no es un procedimiento, sino una práctica amorosa y educativa. El equipo está disponible, atento, sensible, conmovido por cada gesto de confianza que niños, niñas y familias depositan en el encuentro. Las despedidas se construyen con tiempo, con respeto, con confianza mutua, sin apuro ni exigencia. El objetivo es que el jardín sea un lugar donde se quiera estar y volver cada día, no porque se debe, sino porque se desea.



Las salas del jardín

Sala de bebés:

“Un comienzo hecho de brazos, canciones y miradas”

En la sala de bebés, todo empieza en voz baja. Las primeras llegadas traen consigo abrazos prolongados, mochilas pequeñas y miradas que preguntan. Es un tiempo de espera paciente, de reconocimiento mutuo. Cada vínculo se construye a su ritmo. El jardín se transforma al ritmo de los pasos, gateos, brazos y silencios de cada niño y cada familia.

Los bebés habitan una sala especialmente pensada: colchonetas, rampas, objetos blandos y nobles. El enfoque de Emmi Pikler guía el respeto por el desarrollo motor autónomo. La alimentación es un momento íntimo. El descanso, un ritual amoroso. Cada día es una invitación a la ternura, a confiar en el tiempo, en el cuerpo y en los vínculos.

En esta sala, la palabra se canta, se repite, se nombra. La música acompa-

ña los gestos cotidianos: suena en brazos, en rondas suaves, en momentos de cuidado. La literatura aparece en los cuentos leídos bajo el cobijo, en las imágenes que se comparten, en los libros que se tocan. Todo es lenguaje, aún antes de hablar. Y en ese entramado sensible, los bebés construyen sus primeras experiencias de comunicación y encuentro.

Sala de infancias de 1 año **“Entre pasos tambaleantes y palabras que despiertan”**

Aquí, los cuerpos se alzan. Es tiempo de desplazamientos audaces, de manos que agarran, de pies que buscan equilibrio. La exploración es constante. Los libros, los títeres, las canciones y los juegos simbólicos ocupan la escena. Se juega a cocinar, a cuidar bebés, a servir con jarras bebidas invisibles. Se canta en el desayuno, se comparte la merienda, se baila en ronda.

La literatura es un puente afectivo: lecturas personalizadas, susurros poéticos, libros viajeros. El movimiento es libre, respetado, autónomo. Comer también es un acto comunitario. Y cuando el día se va, las familias regresan: algunas ya han estado dentro de la sala durante la jornada, compartiendo cuentos o simplemente acompañando. La crianza es compartida, la educación es vínculo.

Salas de infancias de 2 y 3 años **“Inventar mundos, compartir palabras, celebrar el cuerpo”**

El cuerpo siempre es protagonista: corre, trepa, construye, baila y se transforma. Las salas se convierten en ateliers de experiencias estéticas: modelado, sellado, pintura, dibujo, teatralidad, música, canto y danza. Cada expresión artística es una forma de decir, de sentir, de estar en el mundo.



Los juegos dramáticos y simbólicos son centrales: se juega al hospital, a la casa, a los piratas, a los monstruos, a lo que sea. Se crean personajes, se inventan historias, se representan mundos. La literatura acompaña todo el tiempo: cuentos, poesías, historias inventadas, textos colectivos. Las familias leen, escuchan, comparten. El cuerpo se dibuja, se nombra, se celebra.

El comedor es escenario de autonomía. El movimiento, de descubrimiento. La palabra, de vínculo. El juego, de creación. La infancia, en estas salas, se vive con intensidad, belleza y libertad.



Vida cotidiana

El comedor como ámbito de encuentro, lazo y alimentación

El comedor del jardín no es un espacio accesorio: es un escenario pedagógico tan importante como la sala, el patio y el baño. Allí, las infancias no solo comen: descubren sabores, comparten miradas, escuchan canciones, ejercitan la autonomía, eligen, prueban, rechazan y disfrutan.

Pero además de todo eso, el comedor es un lugar de encuentro. Un espacio donde se teje la grupalidad, donde

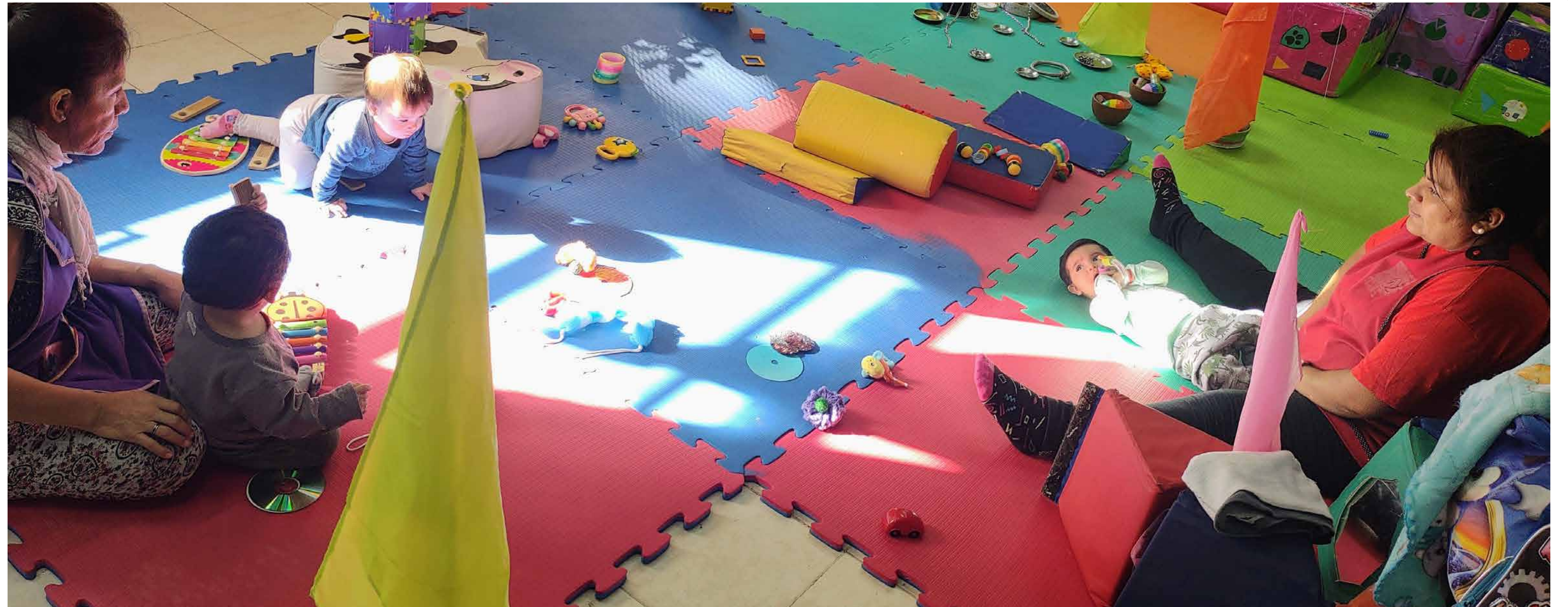
las conversaciones crecen, los vínculos se fortalecen y el tiempo se habita con otros. Tratamos de recrear algo de esas largas mesas familiares de los domingos, llenas de charlas, de risas, de anécdotas repetidas y platos compartidos. Un espacio donde no solo se alimenta el cuerpo, sino también el lazo.

Se cuida la estética del espacio, la disposición de las personas adultas, el ritmo de cada niño/a. Las educadoras comen junto a los niños/as. Se habilita la palabra, se acompaña el gesto, se celebra

el momento compartido. Comer aquí es un acto de comunidad y de cariño.

La comida siempre se presenta en cuencos separados, invitando a los niños y niñas a observar, explorar y elegir qué y cuánto desean servir y probar. Respetamos los tiempos individuales, sabiendo que la autonomía es un proceso en construcción que se acompaña con intencionalidad pedagógica, paciencia y cuidado.

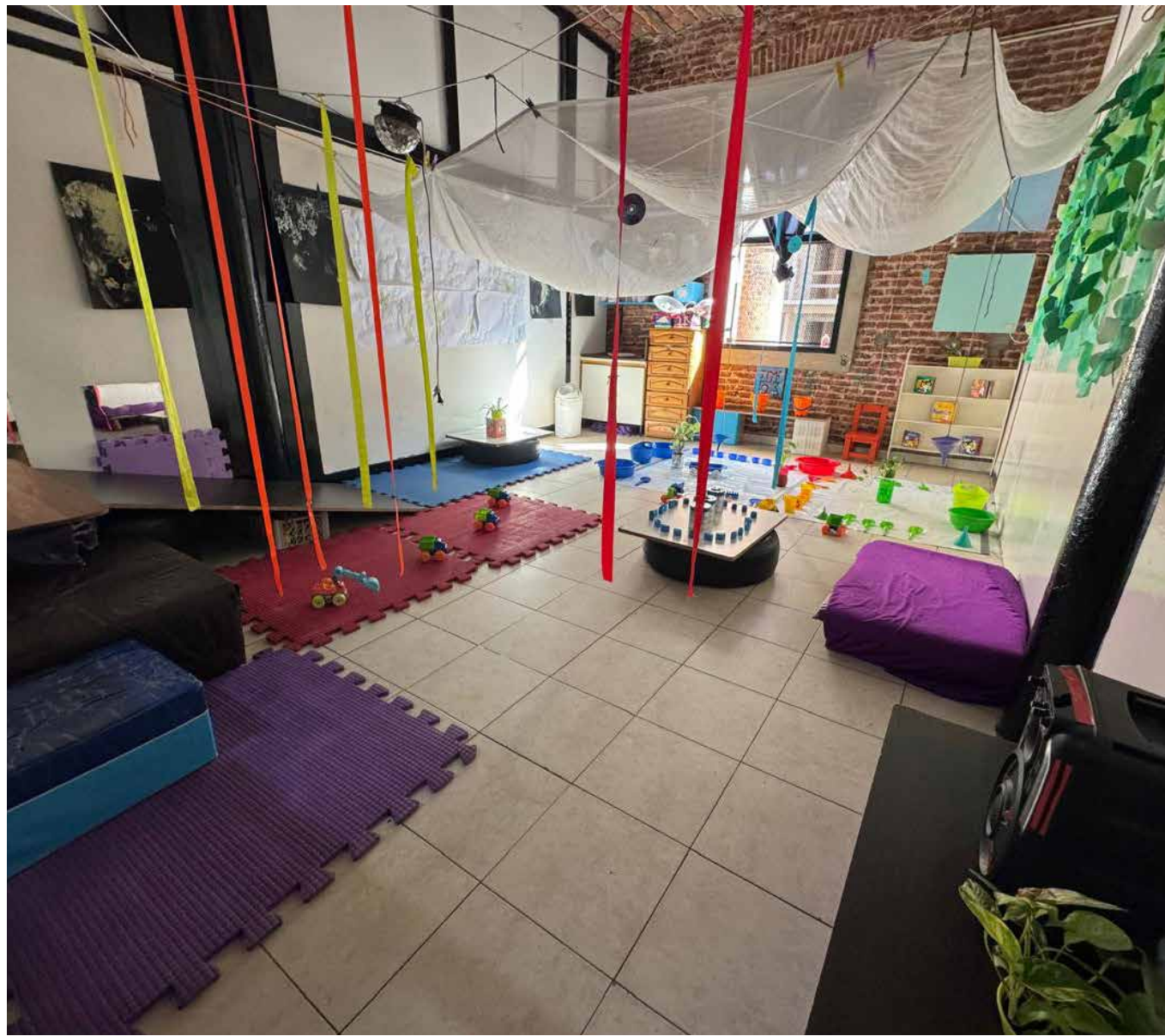
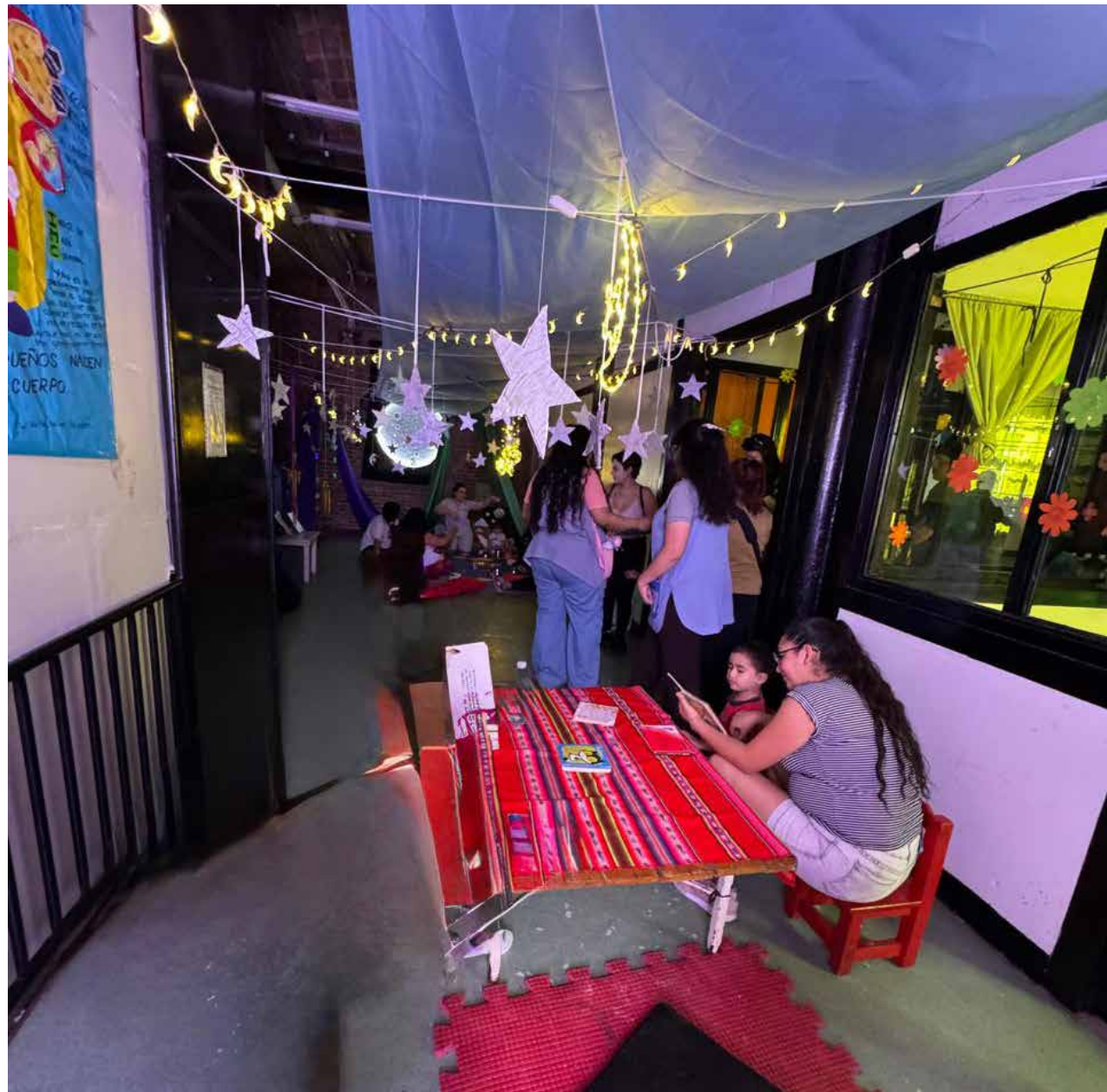
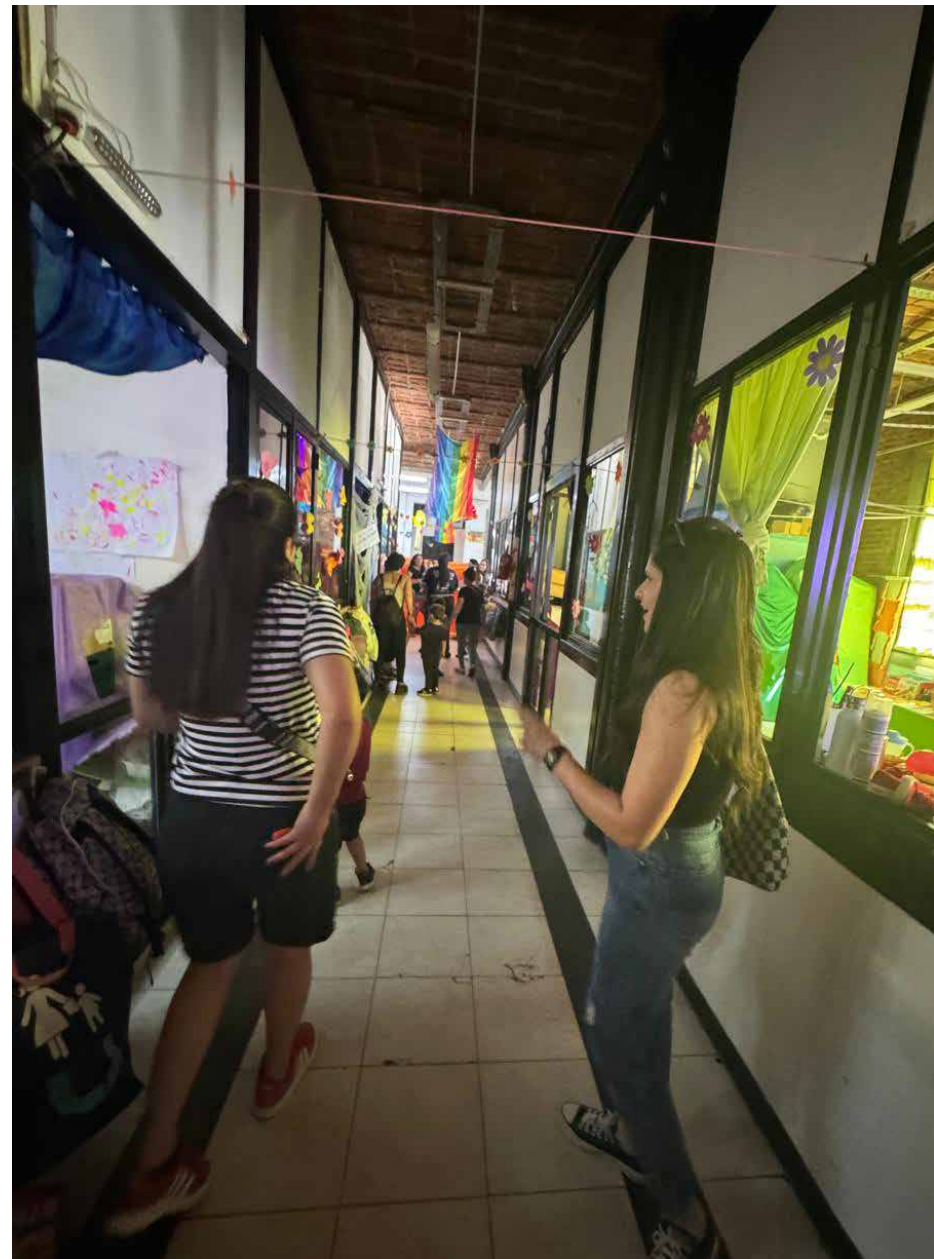
En la sala de bebés, la alimentación es un momento íntimo y afectivo. Sostenedos en brazos por una educadora, los niños reciben su mamadera o sus primeros bocados envueltos en una atmósfera de calidez y atención amorosa. Valoramos profundamente la lactancia materna y buscamos acompañar a cada familia en sus decisiones, ofreciendo un espacio abierto donde pueden acercarse en cualquier momento a amamantar o alimentar a sus bebés. Para quienes lo prefieran, tam-

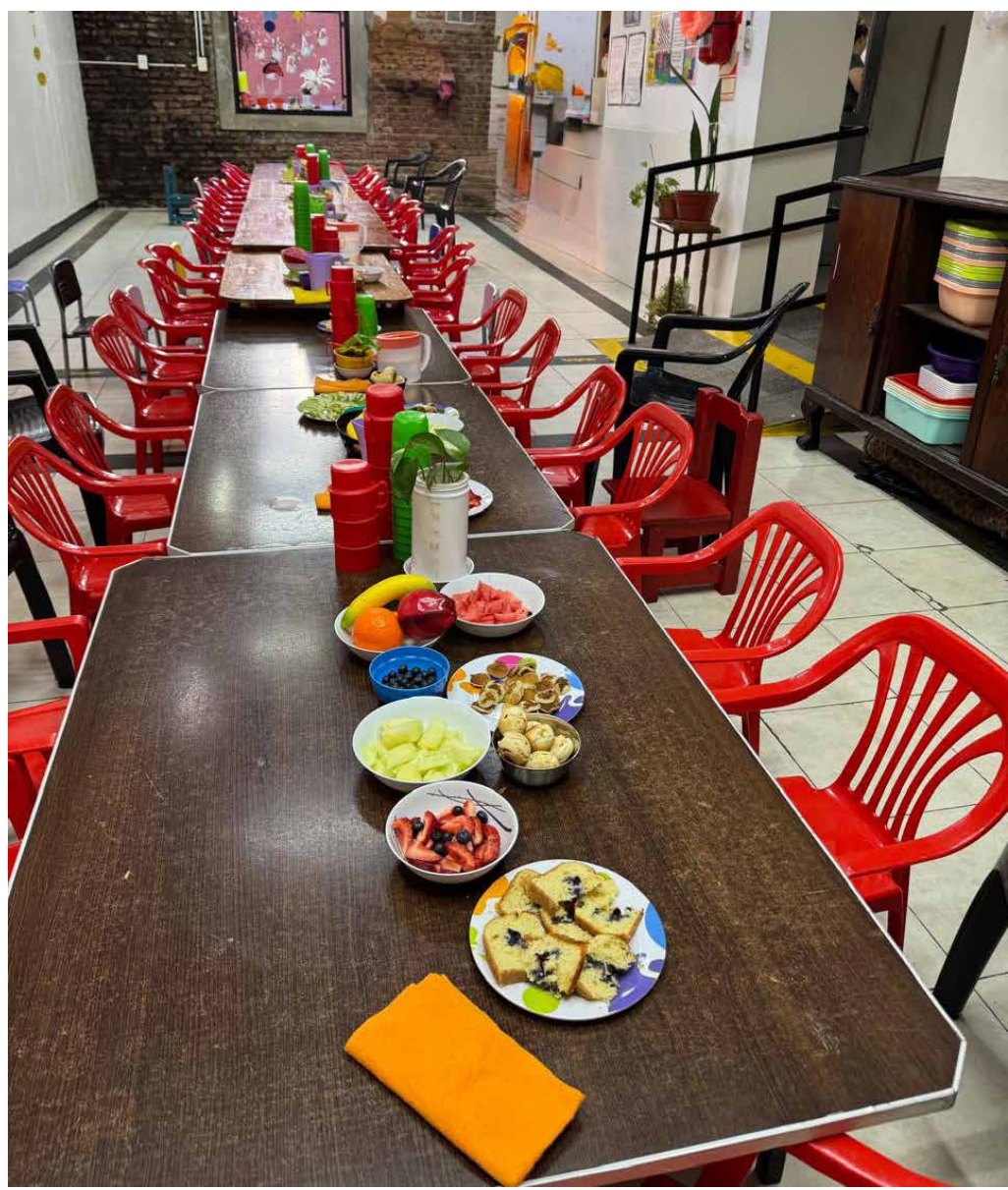


bién brindamos la posibilidad de ofrecer leche materna en mamadera, asegurándonos de que cada bebé sea alimentado con respeto a los tiempos, deseos y necesidades de su familia.

A medida que los niños y niñas crecen e incorporan alimentos sólidos, comienzan a explorarlos con sus manos, descubriendo texturas y sabores, sosteniendo la cuchara y manipulando el vaso con creciente autonomía.

En las salas de dos y tres años, el comedor se transforma en un espacio de mayor independencia. Las infancias sirven agua de las jarras, eligen y sirven sus porciones y disfrutan de largas conversaciones con compañeros y educadores. Comer juntos no es solo nutrirse, sino también compartir, comunicarse y aprender unos de otros en un clima de confianza y alegría.







Cada comida inicia y finaliza con el lavado de manos, promoviendo rutinas saludables y el cuidado personal. En este intercambio cotidiano de miradas, gestos y palabras, la alimentación se convierte en un espacio de encuentro, donde se refuerzan los lazos comunitarios y se crean recuerdos entrañables.

Actualmente, los alimentos enviados por el Ministerio de Desarrollo Social de la Ciudad de Buenos Aires para los desayunos y meriendas incluyen una gran cantidad de productos ultraprocesados que no garantizan una dieta equilibrada para los niños y niñas. Estos productos, ricos en azúcares, grasas saturadas y aditivos artificiales, pueden afectar su salud, promover hábitos poco saludables y limitar el contacto con alimentos frescos y naturales.

En este marco hemos decidido transformar los desayunos y meriendas en

experiencias más ricas, variadas y nutritivas. Queremos que los niños tengan la oportunidad de probar y disfrutar alimentos naturales, caseros y llenos de sabor, fortaleciendo sus vínculos con las comidas y ampliando sus paladares. Para ello, nos proponemos organizar junto a las familias la compra y elaboración de alimentos promoviendo el consumo de productos frescos y minimizando la presencia de ultraprocesados en la dieta diaria.

Una alimentación equilibrada debe incluir una variedad de alimentos naturales como frutas, verduras, cereales, budines caseros, huevos, pan y queso. Estos alimentos no solo aportan energía y materiales esenciales para el organismo, sino que también enriquecen la experiencia sensorial y cultural de la alimentación. En cambio, los productos ultraprocesados, al estar altamente refinados y contener conservantes y saborizantes artificiales, generan

una dependencia de sabores intensos y reducen la disposición de los niños a probar alimentos más naturales.

Todas las instancias ligadas a los desayunos y merienda serán, así, espacios privilegiados para fortalecer los lazos comunitarios. A través de la organización y participación de las familias, se fortalece el sentido de pertenencia y colaboración dentro la comunidad educativa. Compartir la tarea de mejorar la alimentación de los niños nos invita a reflexionar colectivamente sobre la crianza, la educación y los valores que queremos transmitir. Este proceso no solo impacta en la alimentación, sino que refuerza la importancia de la cooperación, del diálogo y del compromiso compartido.

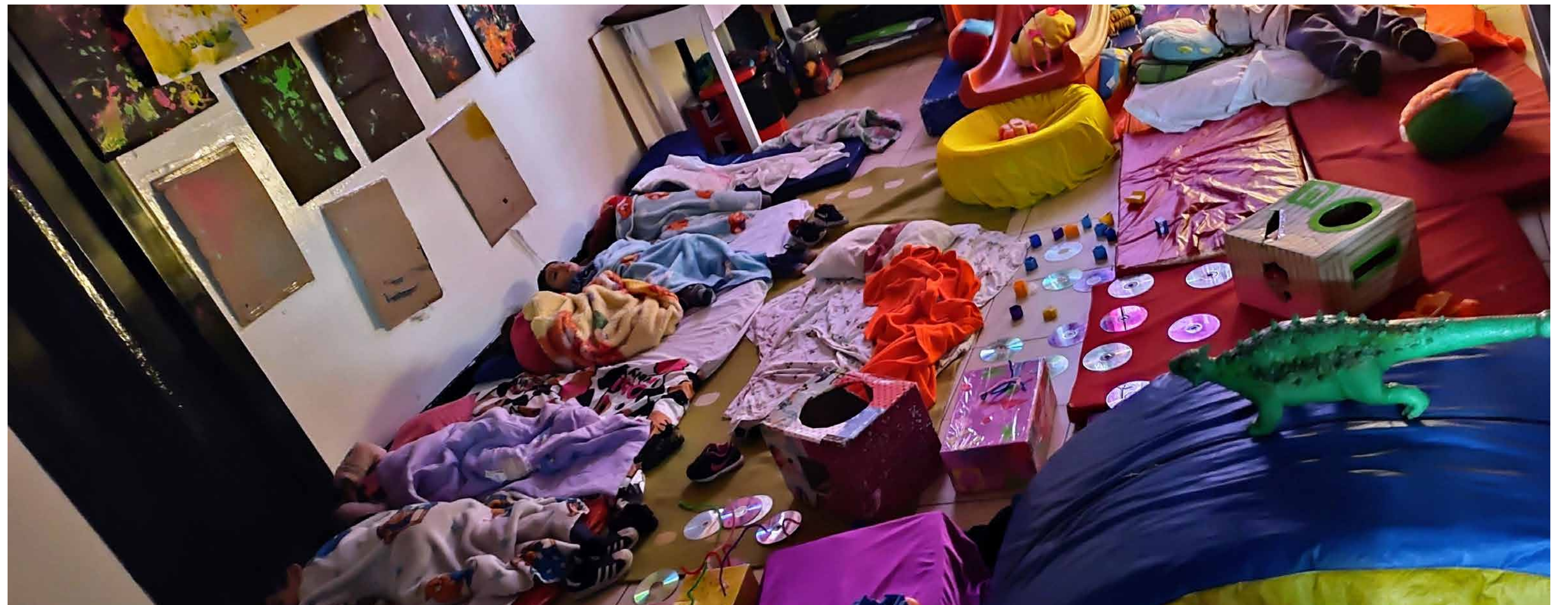
El descanso como ritual de ternura

En el jardín, el descanso no es una pausa impuesta, sino una escena íntima

y compartida, donde se afina el oído a los ritmos del cuerpo y del vínculo. Dormir no es un objetivo: es una posibilidad amorosa, un derecho al reparo, a la calma y a la cercanía.

En la sala de bebés, el sueño se construye de a dos, de a tres, de a gestos. En el período de inicio, son las familias quienes enseñan: muestran cómo arrullan, qué canciones susurran, cómo ubican la mantita, qué movimientos

calman. Las educadoras observan, copian, repiten con rigurosidad amorosa. Y luego, con el tiempo, cada educador encuentra su modo con cada bebé: una métrica compartida, un tono justo, una luz precisa, una melodía que se vuelve abrigo. Dormir en brazos, dormirse tocando una mano, dormirse al compás de una voz que repite siempre la misma frase: cada gesto es único, y todo es lenguaje.



En la sala de infancias de un año, el descanso sigue siendo personal, aunque aparecen nuevas posibilidades. Hay niñas y niños que buscan su colchón, que se acurrucan en un rincón familiar, que disfrutan del ritual conocido. Y hay otros que prefieren dormir en brazos, por gusto, por deseo, por necesidad. A veces una educadora acuna a dos a la vez, uno a cada lado, respirando con ellos. No hay un único modo. Hay muchos. Y todos se respetan: el que quiere dormir con una manta hasta el cuello, el que prefiere los pies al aire, el que necesita que le hablen suave, o el que quiere quedarse en silencio hasta que el sueño lo encuentre.

En la sala de infancias dos y tres años, la siesta adopta nuevas formas. El grupo es más numeroso, y también más variadas las formas de descansar. Hay niños y niñas que no necesitan un acompañamiento personalizado: se recuestan cerca de una educadora, que per-

manece acostada o sentada a su lado, compartiendo el silencio o un susurro melódico y amoroso. Una educadora puede acompañar así a tres o cuatro infancias a la vez, solo con su presencia tranquila y disponible.

Pero otros niños y niñas requieren más cercanía, más cuerpo, más ritual. Hay quienes comparten una educadora entre dos: los brazos, las caricias, los susurros se reparten con ternura entre quienes aún necesitan ese arrullo directo. Y también están quienes piden algo más individual, más íntimo. En esos casos, esperan en un sector tranquilo –con libros, mantitas o juegos serenos– hasta que una educadora se desocupa, los busca, y juntos encuentran la forma y el momento para entrar en descanso.

La siesta, como todo en el jardín, es voluntaria. Nadie duerme porque “tiene que dormir”, y nadie se queda sin su

deseo. Si alguien no quiere dormir, puede permanecer en la zona de penumbra con propuestas calmas, o también, si lo desea, ir a la sala de bebés, donde muchas veces el juego sigue, en un clima cuidado y tranquilo.

Porque en el jardín, el descanso no es rutina: es escucha. No es un corte: es continuidad. Es un modo más (profundo, sutil y necesario) de acompañar el bienestar.



Lenguajes y enfoques institucionales

El movimiento como abrazo de libertad

En nuestro jardín, el movimiento libre es un modo de crecer y también de ser. Siguiendo las huellas de Emmi Pikler, confiamos en que cada niño y cada niña, desde la primera infancia, trae consigo la fuerza y el deseo de desplegar su propio camino corporal. Por eso no forzamos posturas ni apuramos conquistas: ofrecemos escenarios cálidos, seguros y estéticos, donde el cuerpo

pueda rodar, reptar, trepar o correr cuando así lo siente. La mirada adulta acompaña con respeto, sosteniendo sin invadir, alentando cada intento con presencia amorosa. En esa confianza nacen la autonomía, el placer de moverse y la alegría de descubrirse capaz. Cada logro motriz se celebra como un gesto de vida compartida, como lenguaje que expresa, comunica y vincula. Así, el cuerpo es abrazado como territorio de juego, aprendizaje y encuentro, atravesando a todas las

09

salas y tejiendo la ternura que sostiene nuestra propuesta educativa.

Literatura y palabra poética

La literatura en el jardín se vive como un encuentro afectivo y gozoso que abre mundos nuevos y fortalece los vínculos. Cuentos, rimas y poesías aparecen en la ronda, en pequeños grupos o en lecturas personalizadas, y cada palabra compartida se convierte en una invitación al asombro y a la imaginación. Los libros, ofrecidos como jue-

tes poéticos, se hojean, se acarician, se muerden y se cuentan una y otra vez, siempre con placer. En las voces que narran y en los silencios atentos se teje una trama de confianza y ternura que organiza el pensamiento y sostiene el lazo con los otros. La biblioteca permanente y de libre acceso y las lecturas en la siesta amplían la experiencia, ofreciendo un refugio sensible donde cada niño y niña descubre la alegría de estar juntos y la magia de habitar una historia.



La música en la vida cotidiana

La música en nuestro jardín se vive como un lenguaje cotidiano que acompaña y enriquece la vida comunitaria. Está presente en las transiciones, en los gestos de cuidado, en los juegos y en los momentos de intimidad y celebración. A través de canciones poéticas y lúdicas, se abre un espacio para la imaginación, el ritmo compartido y el goce de estar juntos. Los niños y niñas exploran con su voz, con el cuerpo y con objetos sonoros que encuentran a su alcance, descubriendo múltiples posibilidades expresivas. Este entramado sonoro habilita formas diversas de comunicación y encuentro, aún antes de que el lenguaje oral esté consolidado.

Artes plásticas y visuales

El arte está en el corazón del jardín y se vive como un lenguaje cotidia-

no que atraviesa cada rincón de la vida compartida. Pintar con los dedos, modelar con masa, recortar, sellar, construir con materiales sueltos o explorar colores, formas y texturas son experiencias que despiertan la imaginación y permiten decir con el cuerpo lo que todavía no encuentran las palabras. Cada propuesta se sostiene en la sensibilidad y en el respeto por la producción genuina de los niños y niñas, ofreciendo un espacio para crear y no para imitar modelos. La exploración libre habilita descubrimientos y emociones, mientras que la mirada atenta de los educadores acompaña sin invadir. Porque en el jardín, el arte no adorna: transforma. Es juego, comunicación, derecho, poesía y goce compartido. Cada trazo, cada mancha y cada forma son huellas que narran la manera en que los niños y niñas habitan el mundo y se encuentran con los otros desde la belleza y la sensibilidad.

Educación Sexual Integral (ESI)

En nuestro jardín, la Educación Sexual Integral es una forma de estar en el mundo con otras y otros. Es ternura en la mirada, cuidado en la palabra, compromiso en los gestos. Es, sobre todo, una responsabilidad compartida.

Desde hace años, caminamos una ESI viva, amorosa y situada. Una ESI que no teme poner en palabras lo que duele, lo que se repite sin ser interrogado, lo que se ha vuelto costumbre pero

nunca debió haberlo sido. Una ESI que atraviesa lo cotidiano, los juegos, las canciones, los cuerpos, las preguntas y los silencios.

No entendemos la ESI como un contenido aislado, sino como una forma de construir vínculos justos, de habilitar conversaciones necesarias, de mirar los cuerpos sin corregirlos. Nos guía el deseo de criar infancias libres, alegres, cuidadas, en entornos donde nadie tenga que cambiar para ser querido.





Sabemos que la prevención de las violencias, la construcción del respeto, la valoración de la diversidad y el desarrollo de una autoestima sana comienzan ahora, en los primeros abrazos, en las primeras palabras, en los modos en que los adultos miramos, nombramos y acompañamos.

Por eso, la ESI está en todo lo que hacemos: cuando cuidamos el modo en que nombramos, cuando abrimos el juego simbólico a todos los roles,

cuando leemos un cuento que amplía las imágenes posibles, cuando sostenemos una ronda sin burlas, cuando escuchamos una pregunta sin apuro. Y también cuando invitamos a las familias a pensarse, a revisarse, a acompañar este camino con honestidad y ternura.

Porque educar sexualmente es educar el modo en que habitamos los vínculos, el cuerpo, la mirada, la palabra. Y porque ninguna pedagogía es neutral

cuando se trata de afectos, de género, de desigualdad o de libertad.

La ESI en nuestro jardín no se enseña un día: se vive todos los días.



10

Participación de las familias

Las familias son parte esencial de la vida del jardín. Están presentes en el período de inicio, en las actividades cotidianas, en los proyectos y en los encuentros comunitarios. Se las invita a leer cuentos, a cocinar, a cantar, a desayunar, a almorzar, a participar de muestras y a compartir sus saberes.

El vínculo con las familias es cercano, horizontal, respetuoso. Se construyen relaciones de confianza y escucha. La crianza compartida es una con-

vicción: el jardín acompaña, no reemplaza; propone, no impone; cuida, no controla.



Comunidad, territorio y desafíos actuales

El jardín “Construimos Jugando” está situado en el corazón del barrio de Constitución. Un barrio que respira contradicciones: donde la centralidad urbana convive con la marginalidad social, donde miles de personas están de paso y, sin embargo, florecen vínculos sólidos y resistentes.

Constitución es territorio de tránsito y también de arraigo. Cada día, muchas familias llegan desde distintas zonas del conurbano o de la ciudad para resol-

ver lo imprescindible: una changa, una consulta médica, un plato de comida, una vacante escolar. El barrio cambia según la hora: bullicioso y apurado por la mañana, desierto y a veces temerario por la noche. Pero debajo de ese movimiento incesante late otra geografía: una red de organizaciones, instituciones y vecinos que se abrazan para sostenerse y vivir con dignidad. Es esa trama comunitaria la que también habita y sostiene al jardín.



El jardín se ubica en la zona sur del barrio, un sector muchas veces estigmatizado como “peligroso”, pero que guarda una potencia enorme: allí se cultiva la solidaridad y el sentido de lo colectivo. Las condiciones del entorno no son sencillas. Algunas infancias que acompañamos conviven con problemáticas habitacionales severas, inseguridad alimentaria, precarización laboral de sus

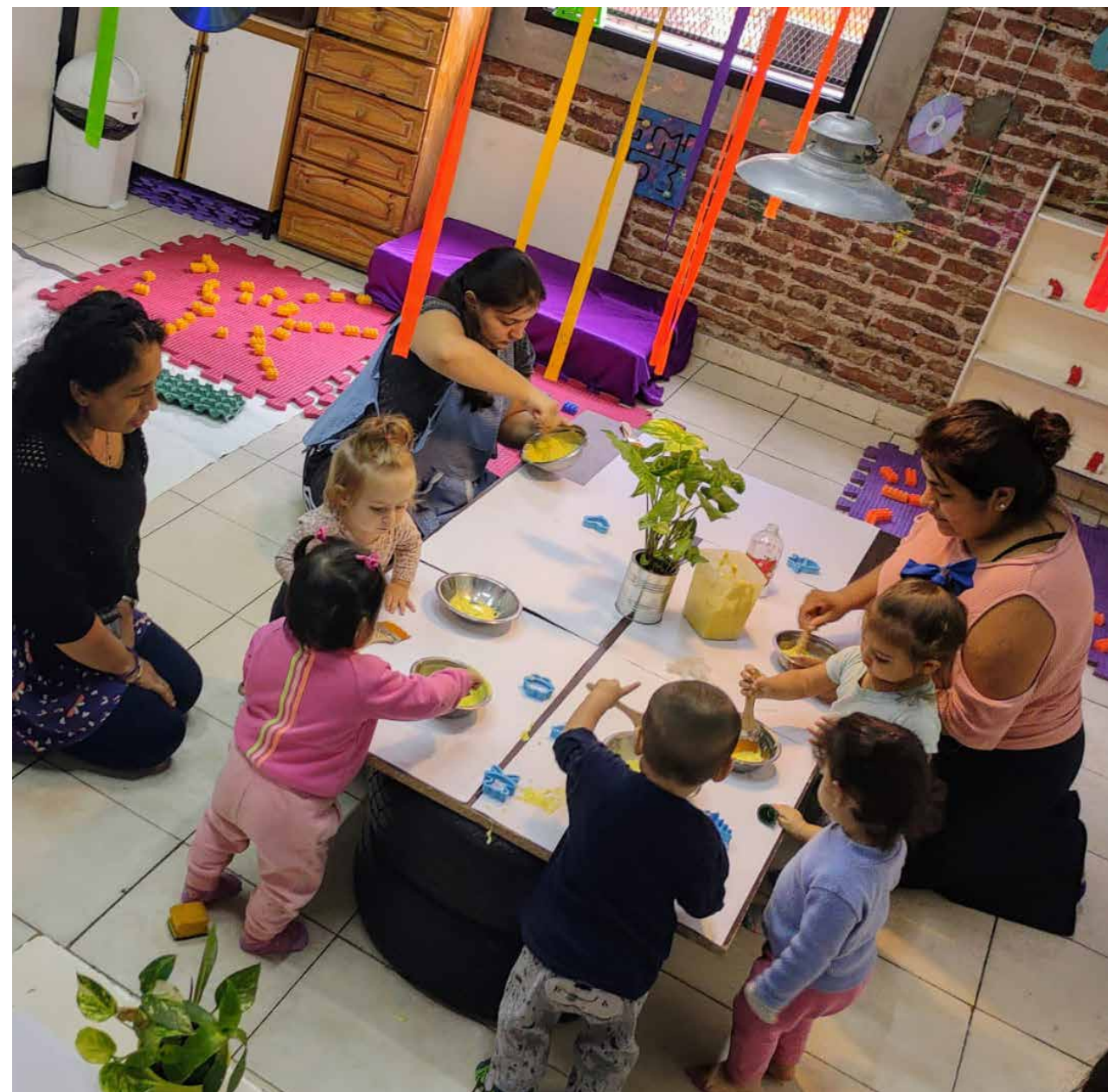
familiares y múltiples formas de violencia. Muchas familias viven en pensiones u hoteles, y atraviesan además situaciones de urgencia y vulnerabilidad cotidiana. En el barrio se identifican como problemáticas estructurales el narcotráfico, la explotación sexual y la violencia institucional. Y sin embargo, cada mañana, las familias llegan al jardín con una sonrisa, con una fruta

para compartir, con la esperanza intacta de que sus niños y niñas crezcan en un espacio educativo amoroso, enriquecedor y compartido.

El financiamiento estatal ha disminuido de manera alarmante. La propuesta pedagógica se sostiene gracias al esfuerzo colectivo, a la autogestión y al trabajo de un equipo que no resigna convicciones ni ternura, incluso cuando faltan materiales y los ingresos son insuficientes.

Aquí, en Constitución, el jardín no es un oasis ni un refugio que se aísla del territorio. Es parte viva del entramado barrial, comunitario. Es nido. Es abrazo y es palabra. Es, sobre todo, una apuesta pedagógica decidida: una pedagogía de la ternura, del vínculo, del derecho al juego, a la literatura, al arte y a la belleza. El desafío es sostenerla, fortalecerla y visibilizarla.







12

Evaluación, formación y construcción de saber

La evaluación en el jardín es un proceso constante, colectivo y comprometido. Cada semana, en las asambleas de los días martes, el equipo se reúne para pensar en profundidad los procesos pedagógicos en curso: se revisan los avances de los proyectos, se reflexiona sobre los vínculos, se comparten observaciones, dudas y descubrimientos. Estas instancias de trabajo compartido son claves para sostener una propuesta viva, sensible y en permanente revisión. También en estos es-

pacios se planifican y desarrollan instancias de formación continua para el equipo, entendiendo que el aprendizaje no es solo de los niños y niñas, sino también de quienes los acompañamos. Han sido parte de esta formación visitas de especialistas en Educación Sexual Integral, en lenguaje de señas, en nutrición infantil y en acompañamiento a infancias neurodivergentes, así como la participación activa en todas las capacitaciones ofrecidas por el Ministerio de Educación de la Ciudad. Estas



experiencias de formación colectiva enriquecen nuestras prácticas y profundizan la mirada ética y pedagógica sobre el rol del jardín.

Al finalizar cada año se realiza una evaluación institucional integral, donde se recuperan las fortalezas y se detectan las dificultades del ciclo lectivo. Esta evaluación incluye miradas desde

la coordinación, pero también ejercicios horizontales de autoevaluación y evaluación entre pares, donde cada educador/a reflexiona sobre su práctica y sobre el hacer colectivo. Cada sala, además, lleva sus propios registros como parte de la planificación y la evaluación pedagógica. A su vez, los educadores y educadoras generan un archivo fotográfico amplísimo, que no

solo documenta lo vivido, sino que se convierte en insumo valioso para pensar, compartir y construir con otros/as: las reuniones con las familias, por ejemplo, se planifican y enriquecen con estos registros que permiten mostrar y narrar con imágenes los procesos que atraviesan a niños y niñas. Registrar es también una forma de valorar, comunicar y de hacer memoria pedagógica.



13

Las formas de acompañar los aprendizajes

Acompañar los aprendizajes en el jardín es un acto de presencia amorosa, de escucha activa y de confianza en la potencia de cada infancia. No se trata de enseñar contenidos, sino de habilitar experiencias que permitan explorar el mundo, gozarlo, nombrarlo, transformarlo y habitarlo desde múltiples lenguajes.

Evaluar desde la ternura. Registrar para cuidar y comprender

Evaluar, en nuestro jardín, no es calificar ni etiquetar. Es observar con atención, registrar con afecto, acompañar con criterio. Evaluamos como cuidamos: desde la ternura, desde la cercanía, desde una ética que reconoce al otro como legítimo. Nos interesa lo



que cada niño y niña expresa, inventa, transforma, repite, intenta. No buscamos medir desempeños, sino comprender procesos.

La evaluación es cotidiana y compartida. No sucede al final, sino durante. No se guarda en un cuaderno, sino que se conversa, se escribe, se transmite entre quienes acompañamos la vida de la sala. Observamos cómo se apropian del espacio, cómo juegan, cómo participan, cómo se vinculan. Anotamos, registramos, nos preguntamos. Y volvemos a ofrecer, a proponer, a estar.

El modo en que evaluamos también se transmite a las familias. Compartimos lo que vemos, lo que escuchamos y lo que sentimos para construir juntos una mirada más amplia sobre cada infancia.

Itinerarios de aprendizaje. Recorridos sensibles y colectivos

Las trayectorias de los niños y niñas en el jardín no son líneas rectas. Son caminos que se bifurcan, se interrumpen, se retoman, se transforman. Cada niño y cada niña tiene su propio andar. Y nuestra tarea es acompañar sin forzar.

Los itinerarios de aprendizaje se construyen en la vida cotidiana. En el juego, en el lenguaje, en el cuidado. En la exploración de los materiales, en las canciones, en los cuentos, en el modo en que se relacionan con otros. No están definidos de antemano. Se descubren, se observan, se nombran.

Para poder acompañarlos, es necesario conocerlos. Por eso observamos, registramos, hablamos entre nosotros. Nos preguntamos qué les interesa, qué repiten, qué los enoja, qué los conmueve. A veces es en un gesto mínimo donde se revela algo importante. A veces es en la ausencia de palabras donde aparece una necesidad.

Sostener los itinerarios no significa que todo valga igual, sino que todo merece ser escuchado. Cada experiencia deja marcas, y esas marcas son parte del proceso de crecer.

Planificar entre el deseo y la escritura

En nuestro jardín, planificar no es ordenar desde afuera. Es escribir desde lo que pasa. Las planificaciones no anticipan el futuro: organizan el presente con lo que ya está en juego. Surgen de la observación, del asombro, del deseo compartido entre niñas, niños y adultos.

Planificamos con sensibilidad, pero también con saber. Elegimos materiales, organizamos espacios, pensamos tiempos, proponemos modos de intervenir. Escribimos para recordar, para revisar, para pensar mejor. Pero también sabemos que ningún papel puede capturar del todo lo que sucede en la sala. Por eso planificamos para soltar.

La planificación es una práctica colectiva. No sucede sola ni aislada. Se conversa, se revisa, se afina con otras. En nuestras asambleas, en los intercam-

bios cotidianos, en los registros que compartimos, vamos construyendo una forma de pensar lo que hacemos y lo que deseamos hacer.

La enseñanza, entonces, se vuelve parte viva de esta planificación. Enseñamos desde el vínculo y con el cuerpo. Enseñamos cuando seleccionamos qué materiales ofrecer, cuándo intervenir y cuándo esperar. Cuando organizamos el espacio para que invite, para que habilite. Cuando leemos cuento, cantamos, exploramos con lupa o acunamos un bebé de juguete.

No enseñamos desde lo que creemos que los niños y niñas deberían hacer, sino desde lo que ya están haciendo, preguntando, deseando. Por eso planificamos con ternura, pero también con criterio. Porque enseñar es un acto de cuidado y amor, pero también de construcción profesional.

Así, enseñar y planificar se entrelazan. Una sostiene a la otra. Y ambas se nutren del mismo gesto: estar presentes con otros, mirando con atención, alojando con respeto, dejando huellas que no se borran.





14

Despedir, no egresar

En el jardín las niñas y los niños no “egresan”. Se despiden o, mejor dicho, las y los despedimos. En esa despedida se honra lo vivido, los lazos contruidos y las historias compartidas. Despedir es un proceso vincular y pedagógico, que no se reduce a un acto, sino que se piensa, se acompaña y se construye en comunidad.

Cada año, el equipo del jardín diseña propuestas singulares para acompañar estos cierres, atendiendo a las

características de cada grupo, a los intereses de los niños/as, y al modo en que cada familia ha transitado el recorrido. Siempre hay un deseo común: que quienes se van se sientan reconocidos, abrazados, mirados.

Porque en el jardín, la despedida no es solo a cada niño o niña: es también la despedida a su grupo familiar. Desde una perspectiva comunitaria, se reconoce que el tránsito por el jardín es compartido, que las familias también



habitan el espacio, lo transforman y se transforman en él.

Despedir no es cortar: es sostener en la transición. Es preparar para el cambio sin romper el vínculo. Es reconocer que el paso por el jardín deja una huella en quienes se quedan y en quienes parten.

En ese gesto de despedir también se reafirma la apuesta por una educación afectiva, sensible, comunitaria y profundamente humana.



15

Proyecciones y deseos

Este PEI es también una declaración de deseos. Deseamos que el jardín siga siendo un lugar donde se quiera estar. Deseamos más recursos, más tiempo, más abrazos. Deseamos seguir jugando, leyendo, cocinando, compartiendo. Deseamos que esta experiencia siga creciendo, con alegría y con lucha.

Soñamos con un mundo más justo, y sabemos que empieza por aquí: entre canciones, cucharitas, circuitos, libros y cuerpos que se encuentran.

Construimos jugando, sí. Pero también construimos amando y soñando.



Jardín Consturimos Jugando
Solís 1973 – CABA
jardin.contruimos.jugando@gmail.com

CASA BASE
Chacabuco 1437 – CABA
moi_coop@yahoo.com

moi.org.ar

